Sta. Juana F. Frémiot de Chantal
San Vicente de Paúl

LA SANTIDAD DE FRANCISCO DE SALES

didaskalos

I

didaskalos

SANTA JUANA FRANCISCA FRÉMIOT DE CHANTAL
SAN VICENTE DE PAÚL

LA SANTIDAD DE FRANCISCO DE SALES

Edición traducida y revisada por las
RELIGIOSAS DEL PRIMER MONASTERIO
DE LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA DE MADRID

didaskalos

Obra financiada por las
Religiosas del Primer Monasterio de la Visitación de Santa María

1.ª edición: abril 2022

Imagen de portada: Composición artística realizada por una Hermana de la Visitación de Santa María del Primer Monasterio de Madrid utilizando las imágenes de dos cuadros de la Orden: Francesco Vellani, *Francisco de Sales, Santa Juana de Chantal y Vicente de Paúl, bajo la mirada de San Agustín* (óleo sobre tela, Monasterio de la Visitación de Módena, 1752) y el de I. Martin, *Santa Juana Francisca Frémiot de Chantal* (detalle del cuadro de la Capilla del Segundo Monasterio de la Visitación de París, 1840).

© RELIGIOSAS DEL PRIMER MONASTERIO DE LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA DE MADRID

Impreso en España. Printed in Spain
Depósito legal: M-11359-2022
ISBN: 978-84-17185-82-4

Impresión y encuadernación:
Editorial Didaskalos
Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

Págs.

PRESENTACIÓN 9

PRIMERA PARTE

SAN FRANCISCO DE SALES VISTO POR SANTA JUANA FRANCISCA FRÉMIOT DE CHANTAL
(DECLARACIÓN DE LA SANTA EN EL PROCESO DE CANONIZACIÓN DE SAN FRANCISCO)

Carta al Reverendo Padre Dom Juan de San Francisco . 15

Tenor de la Declaración de la venerable Madre en el proceso de Canonización (Annecy, 1658) 31

INTERROGATORIOS 33

ARTÍCULOS 34
1.º Detalles sobre los padres del siervo de Dios . . . 34
2.º Su infancia 36
3.º La caridad con los pobres que demostró desde su niñez 36
4.º Su conducta durante sus estudios en Annecy y en París 37
5.º La devoción que desde entonces profesaba a la Santísima Virgen 40

Págs.

6.º Su conducta durante sus estudios en Padua y su viaje a Roma y a Loreto 40
7.º Su visita al Obispo de Ginebra, Claudio de Granier, después de su regreso de Padua 42
8.º Su conducta desde su regreso de Padua hasta su su entrada en el estado eclesiástico 42
9.º Su conducta en el diaconado 43
10.º La manera con que cumplió sus funciones sacerdotales y las de Prepósito. 44
11.º Misión del Chablais. 45
12.º Procesión de Thonon a Annemasse. 48
13.º El libro del "Estandarte de la Cruz" 49
14.º Continuación de la misión del Chablais 49
15.º Su manera de llevar el Santísimo Sacramento a los enfermos. 50
16.º Sus conferencias con los herejes 51
17.º Sus deseos de ir a convertir Inglaterra y Suiza . . 53
18.º La elevación que el Obispo de Ginebra hizo de él para su Coadjutor 54
19.º Su viaje a Roma y sus exámenes 54
20.º Es recibido con alegría a su regreso de Roma . . 55
21.º Su conducta con el Obispo de Ginebra, de quien era Coadjutor. 55
22.º Su conducta durante la invasión de Enrique IV en Saboya 56
23.º Su consagración y la preparación que tuvo 56
24.º Su Fe 59
25.º Su Esperanza. 64
26.º Su amor a Dios 69
27.º Su amor al prójimo 74
28.º Sus cuatro virtudes cardinales 89
29.º Su castidad. 109
30.º Su humildad 112

		Págs.
31.º	Su paciencia	123
32.º	Su dulzura	137
33.º	Su devoción, su oración y su atención a la presencia de Dios	141
34.º	Su amor a los enemigos	152
35.º	Su celo y sus numerosas predicaciones	156
36.º	Sus obras de misericordia	163
37.º	Su paz de alma y sus desvelos por concertar los procesos y hacer reinar la paz	164
38.º	Su virtud de religión	168
39.º	Su conformidad con la voluntad de Dios	174
40.º	Su discernimiento de espíritu y su don de profecía	182
41.º	Su magnanimidad	191
42.º	Su asiduidad al confesonario	194
43.º	Sus desvelos por la perfección de las Órdenes monásticas	200
44.º	Su celo por la salvación de las almas. Libros que ha compuesto	204
45.º	Su desprecio por los honores y bienes de este do	211
46.º	Su manera de tratar con el prójimo	218
47.º	Su conducta en el gobierno de su diócesis	223
48.º	El buen orden de la casa episcopal	225
49.º	Su caridad con los pobres	226
50.º	Los milagros que hizo durante su vida	226
51.º	Su reputación de santidad	227
52.º	Su última enfermedad y su muerte	237
53.º	Sus exequias y la veneración de los pueblos por sus restos mortales	241
54.º	Las gracias obtenidas por su intercesión	251
55.º	Las Vidas del Santo escritas por diversos autores. Continuación del proceso verbal	253

Págs.

SEGUNDA PARTE

SAN FRANCISCO DE SALES
VISTO POR SAN VICENTE DE PÁUL
(DECLARACIÓN DEL SANTO EN EL
PROCESO DE BEATIFICACIÓN DE SAN FRANCISCO)

Relación de San Vicente de Paúl y San Francisco de Sales, por José María López Maside (2008). 259

Declaración de San Vicente de Paúl en el proceso de Canonización (17 de abril de 1628) 271

Epílogo 301

Presentación

¿Quién es San Francisco de Sales? ¿Cómo es? ¿Qué hizo? ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo vivió las diversas circunstancias en que se desarrolló su vida, entre 1567 a 1622? ¿cuál es su mensaje?

Una breve nota biográfica dice que fue Obispo de Ginebra en el siglo XVII. Fallecido en 1622, fue beatificado en 1663 y canonizado en 1665. Proclamado Doctor de la Iglesia como ***Doctor del amor y la piedad.*** Patrono de los periodistas y de los medios actuales de comunicación por los Papas Pío XI y San Juan Pablo II, patrono también de los sordomudos y Fundador de la Orden de la Visitación de Santa María. Predicador, Apóstol, escritor, teólogo, Santo...

Una rica personalidad polifacética perdura en su vida (1567-1622), al igual que su mensaje, actualmente prolongado en una universal espiritualidad de la llamada a la santidad de todos los cristianos y los hijos de Dios, de todos los hombres y mujeres de todos los lugares y tiempos. Fiel imagen encarnada de Jesucristo, Hijo de Dios, Dios y Hombre verdadero.

Merece ser conocido, y recorrer y ahondar en las distintas páginas de su hermosa biografía.

Por ello, si se quiere descubrirlo en directo, es bueno acudir a quienes lo conocieron y trataron.

Se presentan aqui las declaraciones de los más destacados testigos en sus procesos de beatificación y canonización respectivamente, **Santa Juana-Francisca Frémiot de Chantal** y **San Vicente de Paúl** que, expertos en santidad y santos a su vez, supieron captar la calidad personal de San Francisco de Sales, en el desarrollo de su rica experiencia vital en contacto con múltiples personas.

Se ve que en sus Declaraciones llegaron a decir:

"Varios grandes siervos de Dios han dicho, y hasta en vida de nuestro Bienaventurado, ***que no veían***

nada que les representara tan vivamente a Nuestro Señor conversando entre los hombres como este Bienaventurado; que les parecía que era la verdadera imagen del Hijo de Dios, tanto en su vida como en sus costumbres y conversaciones".

"He sabido por una persona digna de fe, que un venerable eclesiástico (San Vicente de Paúl), hablándole una vez de la dulzura y condescendencia de este Bienaventurado, le dijo que él admiraba en extremo su excesiva mansedumbre, y que en una grave enfermedad que tuvo en París no tenía más consuelo que pararse a considerar la infinita bondad de Dios con motivo de la de Monseñor de Ginebra, pues 'si un hombre puede ser tan bueno —decía—, ¡con cuánta mayor razón, oh divino Criador, no seréis Vos bueno, suave y afable!'".

"También lo deduzco de su ardiente deseo de conformarse a la imagen del Hijo de Dios, con el que llegó a conformarse hasta tal punto, según observé, que muchas veces admiré en mi interior cómo era posible que una pura criatura llegase hasta una cima tan alta de perfección, a pesar de la fragilidad humana".

"¡Que el día de la santísima Pasión de nuestro Maestro sea para siempre el día de nuestro corazón!".

Otra vez: "¡Oh cuán consolado quedé —dice— con motivo de la muerte y sepultura del Salvador! ¡Oh Dios!, si ese Salvador ha hecho tanto por nosotros, ¿qué no hemos de hacer por Él? Si Él ha dado su vida por nosotros, ¿por qué no reduciremos la nuestra puramente a su servicio y amor?".

Desarrollando esas Declaraciones se puede conocer al Santo Doctor del Amor, como lo hizo el Papa Pío XI en 1923 o Pio Nono en 1877.

Francisco de Sales fue en su vida todo amor, a imitación de Jesucristo, Hijo de Dios y hombre verdadero. Lean este libro y lo comprobarán. Es una invitación a vivir en el amor, incluso abrazando el dolor y la cruz que es la prueba más evidente del infinito amor de Dios.

Religiosa del Primer Monasterio
de la Visitación de Santa María de Madrid
24 de enero de 2022
Festividad de San Francisco de Sales

PRIMERA PARTE

San Francisco de Sales

visto por

Santa Juana-Francisca Frémiot de Chantal

(CARTA Y DECLARACIÓN DE LA SANTA EN EL PROCESO DE CANONIZACIÓN DE SAN FRANCISCO)

La Madre de Chantal, inmediatamente después de la muerte de su querido Padre Fundador, convencida de la santidad del mismo, inició todos los trámites para que se promoviera el proceso de su beatificación/canonización. Escribió una preciosa carta al General de la Orden de los Fuldenses en que resume y realiza una completa descripción o relato de lo que ella misma había conocido y experimentado del Bienaventurado Francisco de Sales. Fue escrita hacia 1624.

CARTA

de Santa Juana Francisca Frémiot de Chantal al Reverendo Padre Dom Juan de San Francisco, General de la Orden de los Fuldenses, sobre las virtudes de San Francisco de Sales[1]

¡Ay, mi Reverendo Padre, me mandáis hacer una cosa que está muy por encima de mi capacidad; no, ciertamente, porque Dios no me haya dado mayor conocimiento del interior de mi Bienaventurado Padre que mi indignidad mereciera y, sobre todo, después de su fallecimiento, en que Dios me ha favorecido tanto, pues teniendo presente el objeto, la admiración y contento que experimentaba me ofuscaban un poco (al menos así me parece); pero confieso sencillamente a vuestro corazón paternal que no tengo suficiencia alguna para expresarme.

---

[1] El Padre Dom Goulu, General de los Fuldenses, llamado en religión Dom Juan de San Francisco, es uno de los primeros autores que haya escrito la Vida de San Francisco de Sales. La hizo imprimir en 1624, diez y ocho meses después de la muerte del Santo. Recurrió a Santa Juana Francisca de Chantal para pedirle datos sobre las virtudes de su Bienaventurado Padre. Ella le contestó con esta carta, que fue escrita más de tres años antes de su declaración para la Canonización del Bienaventurado Obispo.

Con todo, para obedecer a Vuestra Reverencia, y por el amor y respeto que debo a la autoridad por la cual me mandáis, voy a escribir sencillamente en la presencia de Dios lo que me venga a la imaginación.

Primeramente, mi queridísimo Padre, os diré que he reconocido en mi Bienaventurado Padre y Señor un don de perfecta fe[2], la cual iba acompañada de gran claridad, certidumbre, gusto y suavidad extrema. Me ha hablado de ella cosas admirables, y me dijo una vez que Dios le había favorecido con grandes luces y conocimientos para la inteligencia de los misterios de nuestra santa fe, y que creía firmemente poseer el sentido y la intención de la Iglesia en lo que enseña a sus hijos; mas, de todo esto, su vida y obras dan amplio testimonio.

Dios había derramado en el fondo de esta santa alma, o, como él dice, en la cima de su espíritu, una luz tan clara, que veía a simple vista las verdades de la fe y su excelencia, lo que le causaba grande entusiasmo, éxtasis y enajenamiento de la voluntad; sometiéndose él a estas verdades que le eran mostradas, por una simple aquiescencia y sentimiento de su voluntad. Llamaba al lugar en donde se verificaban

---

[2] Véase el artículo 24 de la Declaración.

esas claridades el santuario de Dios, donde no entra más que el alma sola con su Dios. Eso era el lugar de sus retiros, y su ordinaria mansión; pues, no obstante sus continuas ocupaciones exteriores, mantenía su espíritu, en cuanto podía, en esa soledad interior.

Siempre he visto a este Bienaventurado no aspirar ni respirar más que por el único deseo de vivir según las verdades de la fe y las máximas del Evangelio; esto se verá en las *Memorias*[3].

Decía que la verdadera manera de servir a Dios era seguirle y caminar en pos de Él con la fina punta del alma, sin ningún apoyo de consuelos, sentimientos o más luz que la de la fe desnuda y simple, y por eso afinaba los desamparos, abandonos y desolaciones interiores. Me dijo una vez que él no ponía atención en averiguar si estaba en consuelo o desolación, y que cuando Nuestro Señor le daba buenos sentimientos los recibía sencillamente; y si no se los daba, no pensaba en ellos; mas la verdad es que ordinariamente tenía grandes suavidades interiores, y eso se veía en su rostro, por poco que se recogiera en sí mismo, lo que hacía con frecuencia.

---

[3] De aquí se deduce que esta carta iba acompañada de algunas Memorias que, por desgracia, no se han conservado.

También sacaba buenos pensamientos de todas las cosas, convirtiéndolo todo en provecho del alma; pero, sobre todo, recibía aquellas grandes luces cuando se preparaba a predicar sus sermones, lo que hacía ordinariamente paseándose; y me ha dicho que sacaba su oración del estudio, saliendo de allí con grandes luces y afectos. Hace ya varios años que me dijo que no tenía gustos sensibles en la oración[4], y que Dios obraba en él por medio de claridades y sentimientos insensibles que derramaba en la parte intelectual de su alma; que la parte inferior no participaba de ello. Ordinariamente eran vistas y sentimientos de la unidad, muy sencillos, y emanaciones divinas en las que no se engolfaba, sino que las recibía simplemente con profunda reverencia y humildad; pues su método consistía en mantenerse muy humilde, pequeño y abatido ante su Dios, con singular reverencia y confianza, como un hijo de amor.

Con frecuencia me ha escrito que cuando le viera le recordara me dijera lo que Dios le había dado en la santa oración; y como yo se lo preguntara, me contestó: "Son cosas tan menudas, tan sencillas y delicadas que, una vez que han pasado, ya no se pueden decir; los efectos solamente permanecen en el alma".

---

[4] Véase el artículo 33 de la Declaración.

Varios años antes de su muerte no encontraba casi tiempo para hacer oración, pues los negocios le abrumaban; y un día yo le pregunté si la había hecho. "No —me dijo—, pero ya hago lo que equivale". Y es que estaba siempre en esa íntima unión con Dios; y así decía que en esta vida hay que hacer la oración de obra y de acción. Pero es verdad que su vida era una continua oración.

Por lo que se ha dicho, fácil es de creer que este Bienaventurado no se contentaba solamente con gozar de la deliciosa unión de su alma con su Dios en la oración. No, ciertamente; pues amaba igualmente la voluntad de Dios en todo[5], y así podemos asegurarlo. Yo creo que en estos últimos años había llegado a tal pureza que incluso no quería, no amaba ni veía más que a Dios en todas las cosas: así se le veía tan absorto en Dios, y decía que ya no había nada en el mundo que pudiera darle contento más que Dios, y de este modo vivía, no ya él ciertamente, sino Jesucristo vivía en él. Este amor general de la voluntad de Dios era tanto más excelente y puro cuanto que esa alma no estaba sujeta a cambiar ni a engañarse, a causa de la clara luz que Dios había derramado en ella, por

---

[5] Véase el artículo 39 de la Declaración.

la cual veía nacer los movimientos del amor propio que separaba fielmente, a fin de unirse cada vez más puramente a Dios. También me ha dicho que algunas veces, en lo más recio de sus mayores tribulaciones, sentía una dulzura cien veces más dulce que de ordinario; pues por medio de esta íntima unión, las cosas más amargas se le tornaban sabrosas.

Pero si Vuestra Reverencia quiere ver claramente el estado de esta santa alma sobre este asunto, que lea, si le place, los tres o cuatro últimos capítulos del libro noveno del *Amor de Dios.* Todas sus acciones las animaba con el único motivo del divino beneplácito. Y verdaderamente (como se dice en ese sagrado libro), no pedía ni al cielo ni a la tierra más que ver cumplida la voluntad de Dios. ¡Cuántas veces ha pronunciado con un sentimiento extático aquellas palabras de David: "Oh, Señor; ¿qué hay en el Cielo para mí y qué quiero yo en la tierra sino a Vos? Vos sois mi parte y mi herencia eterna". Por eso, lo que no era Dios no era nada para él, y esta era su máxima.

De esa unión tan perfecta procedían sus eminentes virtudes, que todos han podido notar; esa general y universal indiferencia que se veía ordinariamente en él. Y ciertamente, nunca leo los capítulos que de ella tratan en el libro noveno del *Amor divino,* que no

vea claramente que él practicaba lo que enseñaba, según las ocasiones.

Ese documento, tan poco conocido y, sin embargo, tan excelente, "nada pedir, nada desear y nada rehusar", el cual ha practicado tan fielmente hasta el fin de su vida, no podía partir sino de un alma completamente indiferente y muerta a si misma.

Su igualdad de espíritu era incomparable; pues ¿quién le ha visto nunca cambiar de actitud en ninguna ocasión?, aunque yo le haya visto recibir rudos ataques; mas esto está demostrado en las *Memorias.*

No quiere decir esto que no se resintiera vivamente[6], sobre todo cuando Dios era ofendido y el prójimo oprimido; se le veía en esas ocasiones callarse y recogerse en sí mismo con Dios, y allí permanecer en silencio, no dejando de trabajar, sin embargo, y prontamente, para remediar el mal, pues era el refugio, el socorro y apoyo de todos.

La paz de su corazón, ¿no era acaso divina y enteramente imperturbable? Por eso estaba establecida en la perfecta mortificación de sus pasiones y en la total sumisión de su alma a Dios. "¿Qué es lo que podría

---

[6] Véase el artículo 37 de la Declaración.

conmover nuestra paz? —me dijo estando en Lyon—. Ciertamente, aunque todo se trastornara de arriba a abajo, yo no me turbaría; pues ¿qué vale todo el mundo junto, en comparación de la paz del corazón?".

Esta firmeza procedía, me parece, de su atenta y viva fe, pues veía que todos los acontecimientos, grandes y pequeños, partían de la orden de esa divina Providencia, en la cual descansaba con más tranquilidad que lo hiciera nunca un hijo único en el regazo de su madre. Nos decía también que Nuestro Señor le había enseñado esta lección desde su juventud, y que si hubiera vuelto a nacer hubiera despreciado más que nunca la prudencia humana, dejándose gobernar por completo por la divina Providencia. Tenía grandes luces en este asunto, e inducía a seguirle a las almas que aconsejaba y gobernaba.

En cuanto a los negocios que emprendía, y que Dios le había confiado, siempre los ha manejado y conducido al abrigo de ese soberano gobierno; y nunca estaba más seguro del buen resultado de un asunto, ni más contento en medio de los riesgos, que cuando no tenía otro apoyo[7]. Cuando, según la prudencia humana, preveía algún impedimento para la ejecución

[7] Véanse los artículos 28 y 30 de la Declaración.

del designio que Dios le había confiado, era tan firme en su confianza que nada le inmutaba; y con eso vivía sin preocupación. Yo lo noté cuando resolvió establecer nuestra Congregación, pues decía: "Yo no veo día para ello, pero estoy seguro que Dios lo hará". Lo que ocurrió mucho antes de lo que pensaba.

A propósito de esto, recuerdo que una vez (hace ya muchos años) fue asaltado de una pasión muy viva que le daba mucho que hacer, y me escribió: "Me siento muy acosado, y me parece que no tengo fuerza ninguna para insistir; pero cuanto más débil me siento, mayor es mi confianza en Dios, y estoy seguro que en presencia de los sujetos me encontraría revestido de fortaleza y de la virtud de Dios, y que devoraría a mis enemigos como si fueran corderillos".

Nuestro Santo no estaba exento de sentimientos y emoción de las pasiones, y no quería que nadie deseara verse libre de ello; no les hacía caso más que para reprenderlas, en lo cual decía se complacía. Decía también que nos servían para practicar las virtudes más excelentes, y para establecerlas más sólidamente en el alma. Pero también es verdad que tenía un dominio tal sobre sus pasiones, que le obedecían como esclavas; y al fin de su vida ya casi no aparecían.

Mi queridísimo Padre era el alma más atrevida, más generosa y más bien templada para soportar las cargas y trabajos, y para proseguir las empresas que Dios le inspirara, que se haya podido ver. Jamás desistía de ello, y decía que cuando Dios nos encarga un asunto, no hay que abandonarlo, sino tener valor para vencer todas las dificultades. Ciertamente, mi queridísimo Padre, que esa perseverancia en el bien que nuestro Santo ha tenido, mostraba una gran fortaleza de espíritu. ¿Quién le vio nunca olvidarse, ni perder la modestia en lo más mínimo? ¿Quién ha visto su paciencia conmovida, ni su alma alterada contra quienquiera que sea?

Así también tenía un corazón completamente inocente. Nunca hizo ningún acto de malicia o amargura de corazón; no, en verdad; jamás se ha visto un corazón tan dulce, tan humilde, bondadoso, gracioso y afable como el suyo.

Y con eso, ¿cuál no era la excelencia y solidez de la prudencia y discreción natural y sobrenatural que Dios había derramado en su espíritu, que era el más claro, más neto y universal que se haya visto nunca? Nuestro Señor no había olvidado nada para la perfección de esta obra, que Él mismo se había formado, con su mano poderosa y misericordiosa.

En fin: la divina Bondad había inculcado en esta santa alma una caridad perfecta; y como él dice que al entrar la caridad en un alma lleva consigo todas las demás virtudes[8], ciertamente que las había colocado y ordenado en su corazón con un orden admirable; ocupando cada una el rango y la autoridad que le pertenecía; una no emprendía nada sin la otra, pues él veía claramente lo que a cada una convenía, y los grados de su perfección; y todas producían sus acciones según se iban presentando las ocasiones, y a medida que la caridad le incitaba a ello dulcemente y sin ruido; pues nunca hacía misterios[9] ni nada que causara admiración a los que no miran más que a la corteza y a lo exterior. Nada de singularidades, ni acciones y virtudes deslumbrantes que saltan a los ojos de los que las miran, y hacen que el vulgo se admire. El se mantenía siempre en el camino corriente; pero de una manera tan divina y celestial que me parece que esto era precisamente lo más admirable en su vida.

Cuando rezaba, cuando estaba en el Oficio, o decía la santa Misa, en la que parecía un ángel por el gran resplandor de su rostro, no se le veía hacer el me-

---

[8] *Tratado del Amor de Dios,* lib. XI, cap. VIII.

[9] Es decir, cosas extraordinarias y singulares.

nor gesto, ni siquiera levantar o cerrar los ojos; pero los tenía modestamente bajos, sin hacer más movimientos que los que eran necesarios. Y mientras tanto se le veía con un semblante pacífico, dulce y grave, y se podía juzgar que estaba en profunda tranquilidad.

Cualquiera que le viera y le observara en esta acción, se sentía infaliblemente impresionado, sobre todo cuando consagraba[10], pues entonces cobraba aún mayor resplandor; se ha notado mil veces; y así tenía él un amor especial al Santísimo Sacramento: era su verdadera vida y su única fuerza. ¡Oh Dios mío!, ¡cuán ardiente y sabrosa era su devoción cuando lo llevaba en las procesiones! Le hubierais visto como un querubín todo inflamado. Tenía un anhelo inexplicable por este divino Sacramento; pero ya se ha hablado de ello en otro lugar, y también de su incomparable devoción a Nuestra Señora, por lo cual ya no hablaré más aquí.

¡Oh Jesús! ¡que orden tan admirable había establecido Dios en esa dichosa alma! Todo estaba tan ordenado, tan sosegado, y la luz de Dios era tan clara, que veía hasta los menores átomos de sus movimientos. Tenía una vista tan penetrante para lo que

---

[10] Véanse los artículos 33 y 38 de la Declaración.

concernía a la perfección del espíritu, que la discernía entre las cosas más delicadas y acendradas; y jamás esta alma tan pura sufría voluntariamente lo que viera de menos perfecto, pues su amor, lleno de celo, no se lo hubiera permitido. No es que no cometiera alguna imperfección, pero era por pura sorpresa y fragilidad; pues jamás he visto que dejara que una sola, por pequeña que fuera, se apegara a su corazón; al contrario, esa alma era más pura que el sol y, más blanca que la nieve, en sus acciones, resoluciones, designios y aficiones. En fin, no era más que pureza, humildad, sencillez y unidad de espíritu con su Dios.

Así, era cosa encantadora oírle hablar de Dios y de la perfección. Tenía términos tan precisos e inteligibles, que daba a comprender con gran facilidad las cosas más delicadas y elevadas de la vida espiritual. No tenía esa luz tan penetrante para él solo; todos han visto y conocido que Dios le había comunicado un don especial para la dirección de las almas, y que las gobernaba con una destreza enteramente celestial. Penetraba hasta el fondo de los corazones, y veía claramente su estado y por qué movimiento obraban: y todo el mundo conoce su incomparable caridad por las almas, y que encontraba sus delicias en trabajar por ellas. En esto era infatigable, y no ce-

jaba nunca hasta que las había puesto en paz y sus conciencias en estado de salvación. En cuanto a los pecadores que querían convertirse y los veía débiles en su resolución, ¿qué no hacía en torno de ellos? Él se hacía pecador: lloraba con ellos sus pecados, y de tal modo juntaba su corazón con el de sus penitentes, que jamás pudo ninguno celarle nada.

A mi juicio, me parece que el celo de la salvación de las almas era la virtud dominante en nuestro Bienaventurado Padre, pues, en cierto modo, hubierais dicho a veces que dejaba el servicio que se refiere directamente a Dios para preferir el del prójimo. ¡Oh, buen Dios! ¡qué ternura, qué dulzura, qué tolerancia, qué trabajos! En fin se ha consumido en su servicio.

Pero aún hay que decir algo muy notable:

Nuestro Señor había ordenado la caridad en esta santa alma; pues tantas almas cuantas amaba de un modo particular (que eran infinitas), otros tantos diversos grados de amor tenía hacia ellas; a todas las amaba perfecta y puramente, según su categoría, pero a ninguna igualmente. En cada una notaba lo que conocía era más estimable, para darles el rango en su dilección, según su deber y la medida de la gracia en ellas. Tenía un respeto sin igual a sus prójimos,

porque miraba a Dios en ellos y a ellos en Dios. En cuanto a su dignidad, ¡qué honor y respeto le profesaba! Ciertamente, su humildad no impedía el ejercicio de la gravedad, majestad y reverencia debidas a su calidad de Obispo.

¡Dios mío!, me atreveré a decirlo; lo diré, si se puede: me parece ingenuamente que mi Bienaventurado Padre era una imagen viva en la que el Hijo de Dios Nuestro Señor estaba pintado; pues, en verdad, el orden y la economía de esta santa alma eran completamente sobrenaturales y divinos. Yo no soy la única que piensa así: muchas personas me han dicho que cuando veían a este Bienaventurado, les parecía ver a Nuestro Señor en la tierra.

Soy, mi Reverendo Padre, vuestra muy humilde, obedientísima, indigna hija y sierva en Nuestro Señor,

Hermana Juana Francisca Frémiot
(De la Visitación de Santa María)

¡Dios sea bendito!

San Francisco de Sales nos da un testimonio de vida enormemente actual. Las declaraciones de Santa Juana Francisca Frémiot de Chantal y San Vicente de Paúl, sus respuestas en el proceso de Canonización de Francisco, dan fe del valor y la excelencia de sus virtudes. En este libro, dos santos nos desvelan, con palabras sencillas y llenas de vida, la santidad de quien fue para ellos guía y maestro en el camino hacia la Vida Eterna.

La Orden de la Visitación de Santa María en este año 2022 está celebrando los 400 años de la entrada a la eternidad de su Padre Fundador, San Francisco de Sales (1567-1622), Obispo de Ginebra y Doctor del amor y la piedad, autor prolífico de hermosos escritos espirituales, dogmáticos o místicos, por los que recibió el patronazgo de los periodistas cristianos y los medios de comunicación actuales de parte de varios Pontífices.

Es un personaje vivo, que sigue transmitiendo su precioso mensaje a nuestro tiempo. Sus hijas y demás discípulos quieren festejar este IV Centenario, proclamado Año Jubilar, publicando algunas de sus bellas Obras, así como resaltar los rasgos de su santa vida en la se conformó con toda perfección a la imagen del Hijo de Dios sobre la tierra en palabras de Santa Juana Francisca Frémiot de Chantal y Vicente de Paúl y muchos otros que lo conocieron y convivieron con él.

9 788417 185824

COLECCIÓN DIDASKALOS

San Francisco de Sales